

Dejando Hojas

English title: *Leaving Leaves* (blog – October 7, 2013)

Escrito por/ written by: Alex Jensen – Research and Project Coordinator

Traducido por/ translated by: : Carmen Vélez Casellas

Un ruido motorizado surge de algún lugar en la distancia. Pronto otro ruido, un poco diferente en el tono, se une al primero, y luego otro, y otro, componiendo una cacofonía horrible. De vez en cuando, un olor acre llevado por el viento invade el barrio, estableciéndose en jardines, en cabezas, en pulmones. Se trata de un cuarteto de “sopladores de hojas”, hojas de acoso.

Dondequiera que en los EE.UU haya árboles de hoja caduca, esta escena se repite infinidad de veces cada otoño. Para las empresas de jardinería, equipos municipales y muchos propietarios de viviendas, las hojas caídas violan la estética y ponen al mismo nivel hojarasca y basura, como bolsas de chips desechadas y envoltorios de caramelos, e insisten en el mismo destino de todos ellos: el desecho.

Equipos de jardinería hacen sus rondas semanales, trabajan en los jardines de personas con rentas suficientes como para pagar por la eliminación de la generosidad descuidada de los árboles. Con una firme determinación, sacar la hojarasca de todos los rincones de los jardines, moviéndola pero no a bosques o para acciones de producción de combustibles fósiles, sino acorralándola en enormes pilas. Luego emprenden la tarea morbosa de sepultarlas en ataúdes petroquímicos – en bolsas de plástico.

El siguiente paso es por lo general transportarla al cementerio de los desechos de la sociedad industrial – un lugar llamado vertedero. Como mucho, algunas de las hojas serán liberadas de sus ataúdes de plástico para transformarse en abono en algunos municipios. Este abono se utilizará tal vez en parques públicos, o se venderá de nuevo al mismo público que los originó. El resto languidecerá en el infierno de las hojas, aisladas de las condiciones necesarias para una descomposición digna. En la siguiente primavera, bolsas de plástico de colores llenas de fertilizantes sintéticos se comprarán para abonar la base de los árboles públicos y en los jardines de los que se sacaron las hojas. El desecho de las bolsas de fertilizante se reunirá con sus primas del otoño pasado en el cementerio.

Los costes de este proceso van mucho más allá de los gastos de los propietarios o municipios. En los EE.UU, donde hay millones de máquinas “sopladoras de hojas” en operación (5 millones fueron adquiridas sólo en 2009), llenar de combustible todos estos motores produce el derroche de 17 millones de galones de gasolina cada verano – más que los 10,9 millones de galones de crudo que se derramaron en el desastre del Exxon Valdez. El funcionamiento de estas máquinas se traduce no sólo en la contaminación por ruido ensordecedor también en asombrosas cantidades de contaminación tóxica del

aire: en promedio un “soplador de hojas” emite “la misma cantidad de hidrocarburos en una hora y media que un coche que viaja 7700 millas a 30 millas por hora.”

No debería ser así. Las hojas están llenas de nutrientes, que enriquecen el suelo, nada más llegar a él y descomponerse. Conservan la humedad del suelo, alimentan a sus organismos, y hacen un abono que ayuda a la floración de la próxima primavera. Más bien, harían todo esto si se les dejara en el suelo o se recogieran para redistribuirlas otra vez por la tierra.

Admiradas en las ramas, las hojas son despreciadas una vez que caen de ellas. Hermosas hojas se convierten en malditas hojas tan pronto termina el espectáculo arbóreo. Apreciada pero desde una distancia de seguridad, la naturaleza es despreciada cuando muda. Si las hojas no se dejan o se quieren, es porque ello es innecesario, como preocuparse por la fertilidad del suelo en general, cuando la fertilidad se puede comprar en una bolsa de NPK, y cuando la comida viene del supermercado.

En culturas tradicionales agrarias donde la gente depende de la tierra donde habita para abastecerse de comida y otras necesidades básicas, las hojas caídas adquieren un significado muypreciado. Proporcionan nutrientes para suelo y jardines, alimento para el ganado, que se transforma en leche, lana, carne, y energía para cualquier tipo de trabajo. Para estas culturas, la idea de meter las hojas, las ramas, la hierba en bolsas de plástico y llevarlas en camiones que utilizan gasolina es irracional, rozando la locura.

El tratamiento de las hojas y otra biomasa local, por muchos en el Norte es de un malestar emblemático. Marx lo llamó “escisión metabólica” de la agricultura industrial en la que, como Wendell Berry bromeaba, una soluciónn (hojas, biomasa local) se divide claramente en mmúltiples problemas (infertilidad del suelo, dependencia de fertilizantes sintéticos, residuos plásticos, contaminación de los combustibles fósiles). Es uno de los síntomas negativos en las economías globalizadas industriales.

En medio del frenesí de la guerra de la hoja, sin embargo, un grupo variopinto de iconoclastas se pueden encontrar persiguiendo obstinadamente hojas, no para su desecho, sino como abono para alimenta la tierra – “ese negro castillo subterráneo de misterios no observables”, como lo llamó el poeta Mary Oliver. Estas hojas son jardineros orgánicos – piedras angulares del movimiento de la localización – que renunciar a lo sintético, dependiendo en cambio en la biomasa local para la estructura del suelo y su fertilidad.

Read blog in English here: <https://www.localfutures.org/leaving-leaves-2/>

Read all our blogs here: <https://www.localfutures.org/blog/>